

PERSPECTIVA DEL PERIODISMO INDEPENDIENTE Y CRÍTICO Y EL PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN

Bru Rovira

Periodista

Ponencia transcrita, pronunciada en catalán

Hablar de la independencia del periodismo es complicado porque no ha existido nunca, el periodismo vive de los mismos conflictos de la sociedad y el conflicto es inherente al ser humano. De hecho, podríamos decir que la historia de la humanidad es la historia de los conflictos y cómo los resolvemos. El historiador Toynbee dice que toda la sociedad se encuentra, en el curso de su existencia, con una serie de problemas que individualmente y colectivamente ha de resolver. Cada problema es un problema y la manera cómo lo resolvemos es lo que nos conforma como individuos y como sociedad. El periodismo también vive en este conflicto que Fontcuberta siempre ha definido que nuestro conflicto, el de los periodistas, es la tensión que se produce entre esta búsqueda de la necesidad de encontrar, de explicar la verdad, y las dificultades que se presentan para hacerlo. Esto ha sido siempre a lo largo de la historia. Lo que sí es diferente y que hoy cambia es el momento histórico que nos ha tocado vivir ahora y los retos del presente y del futuro. Hoy el periodismo tiene unos problemas unidos a la sociedad actual, que nos plantean preguntas nuevas sobre el periodismo “de antes de ayer”.

La pregunta que nos ocupa es, pues, qué ha cambiado, qué le pasa al periodismo, porque pienso que, de hecho, éste es el ambiente que hay hoy sobre nuestro trabajo, qué le pasa a la sociedad para que haya un malestar tan grande, una sensación de engaño, una inseguridad absoluta sobre las cosas de las cuales se nos informa, que nos haya alejado de este sentido de la verdad que siempre ha sido lo que pretende el periodismo. Cuando yo era pequeño me acuerdo que en los bares y en las casas y en los casinos, cuando alguien llegaba con alguna noticia, para demostrar la fuerza y la veracidad de lo que decía acostumbraba a añadir con entusiasmo, como si tuviera una prueba indiscutible, decía “esto es verdad porque lo ha dicho La Vanguardia”. No sé si recordáis esta frase. Mi padre decía “esto es verdad porque lo ha dicho El Correo Catalán”. Pero en realidad lo que decían es que lo que estaba escrito en el diario era un dogma de fe, era verdad porque lo decía el diario. La gente se lo creía, el diario era una prueba irrefutable para todo el mundo. Hoy, ante una información del diario, el diario lo dice, lo dice la televisión, la gente más bien baja la cabeza y piensa “seguro que es una información interesada, si no es directamente una información falsa o manipulada, o una mentira”, éste yo diría que es un poco el sentimiento general.

Si cogemos por ejemplo la prensa de hoy o la historia reciente del país hay casos que siguen como una especie de serie novelesca, como podría ser por ejemplo si cogemos la corrupción en Valencia, o cogemos el tema del 11-M, el atentado de los trenes. Aún en el primer tema, según el diario que leemos es una historia, según lo que leemos es otra. El 11-M todavía hoy es un complot para una serie de diarios importantes, para todo un grupo mediático. O dos temas también muy importantes de la historia reciente española, como podría ser nuestra guerra, la transición y la propia memoria histórica, según lo que leemos, los hechos son completamente diferentes, las interpretaciones diferentes, etc. Por tanto la verdad, esta verdad, hoy depende de la posición ideológica del diario hasta el extremo que los mismos hechos pueden ser completamente

diferentes en uno u otro grupo, según quién haga la narración. Aquello de “lo dice La Vanguardia” se ha acabado. Es evidente que el periodismo de hoy ha perdido la inocencia, ya no podemos afrontar la lectura o la visión de la televisión de una manera inocente, no podemos decir esto lo dice aquí y es así. Tenemos que trabajar, tenemos que tener una actitud interpretativa y tenemos que buscar informaciones diferentes, libros, etc., para poder dar apoyo o para poder convertir aquello que dicen los diarios en algo que nos sea interesante. Nadie se cree lo que se publica como si fuera doctrina, verdad envasada, Hoy se quieren saber cuáles son las intenciones que tiene la información.

Recuerdo en la guerra de los Balcanes, estaba Peter Handke, un escritor austriaco, es un hombre que hizo el penoso papel de ponerse del lado de la Serbia de Milosevic durante los bombardeos y la guerra de los Balcanes. Handke tenía una frase para ridiculizar a los periodistas bastante divertida, y yo creo que bastante acertada, que era, que proponía que al lado de la firma, cuando nosotros viajábamos, cuando íbamos de enviados especiales, se pusiera una ficha explicando quién pagaba el viaje, quiénes eran los accionistas de la empresa para la que trabajábamos, sus dependencias políticas, en qué hotel habíamos dormido y cuánto nos había costado todo esto.

El periodismo, además de estas complicaciones de lo que es la empresa, la dependencia, etc., también él mismo existe como sujeto del que escribe. Incluso cuando hablamos de ser lo más objetivo posible –que este tema de la objetividad es un tema que se discute mucho en las facultades y es completamente imposible-, cuando intentamos tener en cuenta todas las fuentes, hacer converger en nuestros artículos el máximo de elementos para que el lector pueda hacerse una idea de las cosas por sí mismo, incluso entonces siempre queda el factor humano, la personalidad del propio periodista. Como dice magistralmente el escritor Jorge Luis Borges en una cita que pongo yo con toda la intención al principio de mi libro *Áfricas*, “la historia universal es un un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y leen y tratan de entender y en el que también los escriben”. Aquél que escribe también se escribe a sí mismo. Como dice Kapuscinski en *Ébano* “nosotros moldeamos nuestro paisaje y él moldea los rasgos de nuestros rostros”.

Pero el tema de la subjetividad del reportero no creo que sea hoy el asunto principal. Hoy el asunto parece que es precisamente este tema que hablábamos de la manipulación, este malestar y la falsedad. Pienso que incluso se ha llegado al extremo que es el propio lector, el propio espectador, quien también reclama que los medios le digan lo que ha de pensar, según la propia posición ideológica; prefiere la propaganda a la realidad. La doctrina se impone al criterio. Se enamora de los columnistas doctrinarios y prescinde de hacer el esfuerzo que significa conocer lo que está pasando. Parece como si hubiera una terrible pereza a pensar por un mismo. Aquella idea según la cual, aquella idea antigua que decía que la información sirve para hacerte una idea propia de las cosas, es para ayudar a crear ciudadanos libres y con criterio, ha quedado enterrada por una sociedad que pide doctrina y unos periodistas que cada vez se parecen más al rector de la parroquia haciendo el sermón de domingo. Las tertulias han ido degenerando en un ejemplo claro de esto que estoy diciendo. A medida que los periodistas sustituyen en su discurso a la propia sociedad, la sociedad civil, se van convirtiendo en esta especie de púlpito de la doctrina donde en lugar de hacer de intermediarios, que es nuestro trabajo, nosotros somos gente que nuestro oficio es un oficio de dinamización de la sociedad, nosotros tenemos que ofrecer espacios para que la gente se exprese, pero nosotros no somos los que tenemos que explicar las cosas, de hecho la sociedad democrática, cuanto más democrática es, más se explica a ella misma a través de los periodistas.

Pues hoy vemos –una vergüenza para el periodismo- cómo el periodista es el que hace el discurso completo. Si por ejemplo un día hay una huelga de la enseñanza, o hay problemas económicos, financieros, etc., normalmente se encontrarán a un grupo

de periodistas por la mañana que les explican lo que está pasando. Yo preferiría que nos lo explicaran los maestros o que la sociedad civil tuviera la expresión de ella misma y su propio debate en el periodismo. Esto no está pasando, hay como una especie de secuestro de esto. Evidentemente, esto baja el discurso porque el periodista es un personaje que sabe un poco de todo pero no sabe nada en profundidad, su trabajo es la de transmisor. Si escuchamos la radio, por ejemplo si comparamos la SER y la COPE, escuchamos Intereconomía o escuchamos La Sexta, leemos "El País" o "La Razón", "La Vanguardia" o el "ABC", es evidente que el corpus doctrinario es superior a la información, hay más doctrina que información. Y parece que esto satisface a los clientes, por lo que se ve.

Tengo la impresión a veces de que la gente, cuando hay discusiones, piensa o quiere discutir, coge un diario para saber qué ha de pensar sobre los temas del día: qué pienso sobre la guerra de Irak, el impuesto de sucesiones o el límite de velocidad. Qué dicen los míos, éste es el tema, qué dicen los míos y qué he de pensar. Éste es un tema que domina completamente sobre la pregunta "qué pienso yo, cómo argumento lo que pienso, por qué lo pienso". Los diarios tendrían que ayudar a conformar el criterio personal y tendrían que molestar, agitar, contradecir, provocar, acompañar, abrir puertas mentales, sugerir, señalar cosas que no se ven, iluminar sombras y, en cambio, tienes la impresión de que la gente coge un diario para saber cómo se ha de posicionar.

Hay un ejemplo que a lo largo de mi trayectoria como reportero he ido notando mucho, que es muy curioso de ver cómo ha sucedido esto. Cuando yo empecé, hace ya 30 años, a hacer de periodista recuerdo que una de las cosas más bonitas del oficio y más divertidas era precisamente la particularidad del reportaje en las sociedades que visitabas. Cuando tú hacías un reportaje, un viaje a Andalucía, aquí o allá, al País Vasco, o a un barrio de Barcelona, la particularidad del lugar a donde ibas, cómo se expresaba la gente, cómo pensaba la gente, cómo argumentaba la gente, era singular, incluso en la manera de hablar. Hoy, tu coges un avión, te vas a Sevilla a hacer un reportaje y el argumentario del personal –te vas por el campo, te vas a ver a un pastor, te vas a ver a un cura, te vas a una escuela, te vas a ver a un maestro-, el argumentario es lo que escuchan en la radio. O sea que se ha ido trasladando de esta idea propia del discurso, de este ciudadano que opina a partir de pensar por él mismo, ha ido situándose, emocionalmente soy de derechas, don de izquierdas, soy de aquí, soy de allí, entonces argumentan ya con esta comida de coco, por decirlo de alguna manera, diaria que los medios hacen sobre ellos.

De hecho el periodismo, el buen periodismo, tendría que ser no lo que he de pensar sino la pregunta que me he dejado de hacer. Éste, para mí, es el buen periodismo. Por eso el buen periodismo siempre es muy molesto, es como una mosca cojonera, como lo definíamos Eugenio Madueño y yo en un libro que hicimos sobre el oficio de reportero. Cuando la sociedad, cuando las personas, cuando uno mismo piensa que ya lo sabe todo y que ya lo tiene todo claro, el buen periodismo le enseña que hay otra manera de mirar, otra manera de ver las cosas y que se puede ver de otra manera. Esto, hoy en día, parece que sea profundamente molesto. Y la uniformidad, el evitar más preguntas, es precisamente la fuerza que tiene la política o que tiene la economía sobre el periodismo.

Hoy la propaganda, el gregarismo, el conformismo, el sectarismo, la pereza de saber o el miedo se han instalado completamente en el oficio. Yo creo que de la misma manera que se ha instalado en la propia sociedad democrática porque, de hecho, nosotros los periodistas no somos los que tiramos del carro de la sociedad sino que somos unos personajes más del teatro de la vida, nosotros somos, como he dicho antes, los que estamos hablando y haciendo de intermediarios pero somos un reflejo de la sociedad, a nosotros los periodistas nos pone la propia sociedad. En las sociedades totalitarias, esta posición vertical del periodista, esta cadena de transmisión de poder, es una cadena sin fisuras. Yo recuerdo el ejemplo de cuando

trabajaba en la época de Franco, a finales de la vida de Franco, pues por ejemplo cuando trabajé en el “Tel/Exprés” o en “Arreu”. En “Arreu” concretamente recuerdo que teníamos que llevar la revista –no sé si recordáis esta revista catalana que duró poquísimo- la teníamos que llevar una vez la habíamos escrito al Gobierno Civil y nos ponía el tampón, nos daba luz verde para que pudiera salir. Esto era brutal, se hacía así, tú tenías que presentar el producto, te daba el tampón y tenías la libertad para sacarlo. Hay una anécdota divertida, que vivimos con Xavier Vinader, que hicimos un suplemento sobre Puigantich, sobre la muerte de Puigantich y el garrote vil y todo eso, y Xavi, que era un lanzado, escribió en uno de los pies de foto que salía el abogado, escribió la frase “la sentencia estaba dictada antes del juicio”. En el Gobierno Civil se pusieron como una moto, pero ya estaba todo el número hecho y nos pasamos con Carlos Esteve, Vinader y yo, no sé si estuvimos casi un día entero con un rotulador tachando todos los pies de foto para que pudiera salir la revista y finalmente salió pero con aquello tachado una por una.

Esto, hoy en día, en la sociedad democrática evidentemente no funciona de esta manera, no tenemos la censura directa. La relación del poder con el periodismo es mucho más difusa, más complicada, pero hay un hecho clarísimo, no hay un solo director de diario que no comparta con el consensus del poder del país en el que vive. O sea, en España, estoy hablando de España, no hay ni uno solo que esté haciendo de director de un diario con la libertad personal de no tener la bendición del aparato político. Si recordáis hay un ejemplo lamentable de esta dependencia de la información, digo para el periodismo, que es este ejemplo de cuando hubo el 11-M, el atentado de Atocha. No sé si recuerdan que el señor Aznar llamó a todos los directores de diario y les dijo que lo había hecho ETA. Y al día siguiente –y hemos de ser justos aquí porque el único diario que no lo publicó así fue *La Vanguardia*- pero el resto de diarios lo publicaron así y metieron la pata, ¿no?, se equivocaron todos. Normalmente, un director de diario, si le llama el presidente del Gobierno y le dice lo que ha de escribir o lo que ha pasado, porque el director del diario normalmente le tendría que haber contestado, déjame, llámame de aquí media hora o ya te llamaré yo, una vez cuelga el teléfono tendría que llamar a sus especialistas en el tema, los especialistas en local que tienen todos los diarios, o que tenían, que se dedicaban a la investigación, que tenían buenas fuentes, les tendría que llamar y preguntarles si es verdad, qué ha pasado, si ha sido ETA o si no era ETA... Yo tengo la certidumbre, porque conozco periodistas que se dedican a esto, que muchos periodistas de estos ya sabían que no era ETA, pero la palabra del presidente del Gobierno se ve que era ley para periodistas que ya no tenían estructuras de contactos, que no creen en la fuerza de la información sino que creen en la fuerza de la propaganda; pesa más la opinión del presidente que la opinión de sus reporteros. De hecho, han construido una estructura laboral en la que no les preocupa tanto tener al periodista de investigación, el gilipollas de campo, el tío que sabe..., esto es costoso y complicado, pero es cómo se ha hecho siempre el periodismo. En este momento el director está más preocupado con quién come y con quién cena, sobre todo hablando de temas empresariales, viabilidad del diario, etc., y después esto tiene un precio informativo, evidentemente. Y después es en el mundo en el que se sienten cómodos. Antes el periodista era la persona más marginada, que vivía, como decían, el lugar natural del periodista era más bien la barra del bar, vivía más al margen de las estructuras del poder.

En este ciclo habéis hablado, o hablaréis me parece, de la relación entre el poder económico y político con el periodismo. A parte de la dependencia con el poder, de la dependencia política y económica, es también evidente que hoy la información, como todo en la sociedad, se ha convertido en una mercancía. La cuota de audiencia es la calidad, o sea, la calidad de un producto no dependerá de cómo es este producto en si mismo sino de la cuota de audiencia que tenga. Las ventas son el barómetro que indica el interés de las cosas que hacemos. Éste es un tema que dejaré para los que vienen, que hablarán más sobre ello. Y yo sí que recuerdo como ejemplo de este cambio, que es un cambio muy importante, recuerdo que cuando yo me dedicaba a la cultura y a los espectáculos en *La Vanguardia* también y en el *Noticiero Universal*,

cuando hacíamos reuniones de la dirección o del consejo de redacción siempre, cuando tú presentabas ha salido este libro o se hace esta obra de teatro o temas culturales de este tipo, que es lo que trataba yo, siempre la discusión era el interés que puede tener esto, si es un grupo experimental, si es bueno, si tiene calidad, estos músicos quiénes son...eso es lo que discutíamos. Hoy, la pregunta automática es ¿este libro –no preguntan si es bueno- cuánto ha vendido?, o preguntan ¿cuánta gente ha ido a ver esta obra? Por tanto, el trabajo este del periodismo que es como una ventana de la sociedad donde la gente que está investigando, la gente que hace cosas nuevas, la gente que hace productos interesantes podría y tendría, nosotros tendríamos el deber de exponerlos para que el público estuviera en los debates creativos y para que todo el mundo pudiera ir, resulta que está secuestrado también este espacio y es un espacio para el comercio de libros que se venden mucho o de obras que se visitan mucho o de películas que dependen de la industria que la gente va mucho. Eso es lamentable. Y cuando hablamos de la televisión, incluso en la pública también pasa lo mismo, o sea cuesta mucho que una televisión pública acepte que la calidad o la función pedagógica, etc., de la televisión pública pueda competir con la supervivencia que está marcada por las cuotas de audiencia. O sea, el debate entre las cuotas de audiencia, la parte comercial, y la parte de contenidos hace mucho tiempo que se está desequilibrando a favor de la parte comercial.

Este tema no sólo pasa desafortunadamente en el interior de las empresas –porque esto que estoy explicando parece que sea un tema más bien de las estructuras de los medios-, sino que yo creo que también pasa y se ha extendido –que es todavía peor- en el trabajo de campo, en el reportaje, en el enviado especial, que es lo que he sido yo. También nosotros, también la gente que hacemos terreno o que hacemos carreteras secundarias, y que a mí me gusta muchísimo como definición de lo que tendría que ser mi trabajo, también nos está pasando. Y es curioso, nos tendríamos que hacer la pregunta de qué está pasando precisamente ahora que vivimos en un mundo donde la tecnología nos permite conocer las cosas prácticamente en directo y, aparentemente, Internet y las redes sociales hacen que casi no queden secretos, aparentemente lo sabemos todo, lo vemos todo, todo lo vemos al minuto, qué pasa para que paradójicamente la sensación de fracaso del periodismo sea muy superior a aquellos tiempos donde se decía esta frase que he dicho al principio. Eso es verdad. ¿Qué está pasando? Hay un defecto, ¿la tecnología ha cambiado tanto? Esto que decía del directo, yo mismo que soy relativamente joven, he conocido la crónica que envías por un teléfono de una centralita que has de hacer una cola de tres horas en un hotel, peleándote con otros periodistas –en Rumania concretamente, me acuerdo en la época de Ceaucescu, que todavía lo enviábamos así, tenías que escribir la crónica en una libreta, entonces tenías que buscar un hotel, te tenías que pelear, tenías que conseguir una línea internacional, lo dictabas a un linotipista que lo escribía desde la redacción-, yo he vivido esto, y hoy podría viajar a cualquier lugar del mundo y con un teléfono, una cámara estarme filmando a mí mismo y transmitiendo en directo a cualquier lugar, tendríamos cobertura en cualquier sitio. O sea que, tecnológicamente, el cambio es espectacular y, en cambio, yo tengo la impresión que la sensación de desinformación es hoy superior a antes.

Hay una película que siempre cito, que explica muy bien esta idea, que es *En tierra de nadie* sobre Bosnia, es la historia de una persona que queda en tierra en nadie, en medio de unas trincheras, y que tiene una mina puesta debajo y es una historia impresionante en la que hay una periodista de la BBC que está haciendo una historia, un reportaje, y lo va explicando. De esta película, yo lo que encuentro interesante es que hay un momento –ella va explicando la historia y está en contacto con Londres con el realizador-, hay un momento en que está filmando y el realizador, desde Londres, le dice “más a la izquierda, encuadra”; ostras, de repente aquella persona que está en el terreno, que ha ido allí, que conoce, que sabe, que ha hablado con la gente, que es la que ha de dirigir la información, de repente hay un cambio del poder y el que está en Londres le dice lo que tiene que hacer. Le dice la tesis, el que está en Londres, que no tiene ni idea. Normalmente, antiguamente, el que estaba en Londres

y el que estaba en Barcelona llamaba al enviado especial y éste le explicaba qué estaba pasando en aquel país y, normalmente, el que estaba fuera le preguntaría qué opinaba, cómo se tenía que tratar el tema, qué le parecía, eso sería el periodismo de antes, y discutirían el titular, cómo lo presentaban. Hoy el periodista, cuando le ves en el terreno, le ves agitado, preocupado por cumplir la expectativa de titular que le han dado hace dos horas o la línea que se le ha marcado. Es decir, ya no estamos en un mundo donde nos interesa el otro sino que estamos en un mundo que vamos a ver al otro para interpretar nosotros lo que a nosotros nos interesa. Estamos hablando más bien de nosotros que del otro.

Hay un ejemplo que a mí me parece bastante paradigmático de este tema. Cuando hubo los bombardeos sobre Irak, sobre el hotel Palestina, donde estaban todos los periodistas, empezó a haber una especie de *crescendo* donde el periodista que estaba en el hotel Palestina cada vez era más sujeto y protagonista de lo que estaba pasando durante la guerra. Y llegó un momento en que incluso los locutores preguntaban al enviado especial si había dormido bien, cómo estaba, si tenía miedo, si las bombas, si tal y cual. De repente se trasladó lo que es enviar a un tío a un lugar, una persona que tú envías para que te explique lo que está pasando, no sólo eso sino para que lo expliquen aquéllos a los que les pasa, porque él es el transmisor, él es el micrófono, y de repente esto se empieza a diluir y él, la persona que hemos enviado, se convierte en el protagonista. ¿Por qué? Porque tenemos esta sensación de proximidad emotiva con él y su historia nos interesa más que la historia de los propios iraquíes. Esto acabó con la muerte del cámara Couso. Fue terrible cómo acabó esta historia, pero en realidad se vio cómo es la deriva del periodismo actual donde vamos a explicar historias nuestras con referencias emocionales nuestras, y de lo otro ya hablaremos.

El periodismo de espectáculo creo que en España empezó con el caso Alcásser. Antes de Alcásser todavía había una cierta decencia en el tratamiento de los asuntos sociales. Pero en Alcásser se iba creando un clima. Yo me acuerdo de este secuestro que a mí me tocó cubrir y había antes de que se descubriera lo que era la realidad de la vida, que es que las habían matado unos vecinos, era que todo esto lo había hecho gente próxima, cercana, gente que las veía en el colegio, les vendían droga, etc., y antes de esto ya hubo un delirio fabulador de la prensa que nos enzarzamos en historias, e incluso se llegó a decir que si las habían secuestrado unos árabes, que si las habían llevado a prostíbulos de Arabia Saudita o del Magreb; había como esta bola enorme de ilusiones de una sociedad que esperaba que aquello no fuera con nosotros, no lo habíamos hecho nosotros, tenía que ser una cosa muy grave, tres chicas, inocentes, etc. Pues aquello, que ya se hinchó así, acabó con una catarsis en la plaza del pueblo de Alcásser, donde Nieves Herrero organizó un plató que maquillaron y vistieron a los familiares y se dedicó, no sé si recuerdan cómo fue pero el directo de aquello fue brutal, de repente nos encontramos con un crimen horroroso, con tres chicas masacradas, violadas, y una periodista que se dedica, que monta un plató como un teatro –que lo alquilaron fuera- y se dedica a incitar las emociones de la gente. Aquello fue el principio de algo que se ha convertido diría yo en una especie de *crescendo* que no tiene límite. Este cambio sí que ha sido, desde mi punto de vista, un cambio muy importante. Éste es uno de los grandes cambios de los que hablaba, éste es un cambio realmente fuerte.

Neil Postman ha descrito en *Tecnópolis*, que es un libro muy interesante, cómo la tecnología ha modificado los hábitos de pensamiento y redefine la terminología de conceptos tan importantes como libertad, verdad, inteligencia, sabiduría, memoria o historia. “Hoy, todas estas palabras”, dice Postman, “parecen las mismas pero no tienen el mismo significado. El mundo de la palabra impresa, de la oralidad, ha sido sustituido por la imagen y el ordenador. La palabra en los libros eran antes la lógica, la secuencia, la historia, la exposición, la narración. Hoy, la televisión y la imagen enfatizan la gratificación inmediata, la respuesta emocional rápida y la simultaneidad”. El pensamiento tecnópolis hace que la técnica, el cálculo, sea superior al juicio humano, las ciencias se impongan por encima de las humanidades. Éste también

pienso que es uno de los cambios profundos que ha habido. Hemos pasado de una manera de entender la vida, de explicarla, la narración larga, a un mundo que es mucho más de emociones, donde el contexto no pesa tanto, donde prácticamente no hay pasado y no hay futuro, las historias son historias del momento. Es como si viajáramos en un tren pero cada día estamos en una estación diferente y explicamos aquella estación pero no nos acordamos ni de dónde viene el tren, ni de dónde salió, ni qué pasaba en la estación del día antes y no nos interesa qué pasará en la estación del día después. Y cuando cerramos aquella estación donde hemos estado explicándolo todo también nos olvidamos. Yo recuerdo con tristeza, mucha tristeza, cómo después de haber vivido la emoción e incluso la solidaridad de la guerra de los Balcanes y de lo que significó Sarajevo para la ciudad de Barcelona, no volvimos nunca más. O sea, hubo una época en que todos los periodistas, todas las ONG, todo el mundo, iba a plantar la bandera en Sarajevo y los focos del mundo estaban todos allí metidos y lo explicaban todo, todo, cómo era el panadero, cómo eran los niños, qué pasaba en las escuelas, qué pasaba en los hospitales, no se escapaba ni un detalle, historias de amor, historias de..., todo. Se acabó la guerra y, como unos feriantes, quitamos los focos y nos fuimos hacia otra estación. Y ésta es una experiencia que yo explico con melancolía porque ya llevo muchos años y esta sensación de que vas viviendo historias del mundo, historias importantes que quedan diluidas en el pasado, yo la encuentro terriblemente deprimente e injusta, además, y además para las personas que las viven es horroroso porque las guerras, la parte más difícil es la reconstrucción, la posguerra, y sobre la posguerra no tenemos ningún recuerdo, no vamos a hacer nada.

Tampoco hacemos nada sobre la prevención, es curioso, la mitad de los grandes conflictos que hemos tenido este siglo pasado y que tenemos, la parte de la prevención, que está, que era bien conocida, no ha servido para nada. El caso de Rwanda es el caso más bestia de todo esto, Rwanda fue un genocidio que todo el mundo sabía qué iba a pasar: Naciones Unidas, todos los relatores tenían sobre la mesa no sólo los preparativos del genocidio sino que tenían incluso cómo los milicianos estaban marcando las casas de la gente que tenían que matar, que estaban poniendo cruces ya, y sabían que habían llegado los machetes para el genocidio, y se sabía cómo se seguía protegiendo y armando al ejército que hizo el genocidio. Yo, ahora que se hablaba tanto del tema de la guerra humanitaria, me hace gracia porque he leído a algunos articulistas que dicen que se tenía que haber intervenido en Rwanda. Lo que no sabe la gente es que en Rwanda se intervino de dos maneras: la primera fue apoyando a los que hicieron el genocidio, armándolos durante años; después fue apoyando una guerra civil de los dos lados, del FPR, de los que después entraron en Uganda para parar aquello, y después, al mismo tiempo que entraban éstos intervinieron los franceses, para hacer lo que se llamó Operación Turquesa, que consistió en proteger a todo el ejército genocida y llevarlo a los campos de Goma, en el antiguo Zaire, en el Congo, y allí se quedó esta gente durante dos años que hacían todavía instrucción militar, etc. Yo tengo fotos, tengo una foto concretamente, brutal, donde se ve a un maestro de éstos que había dirigido en su ciudad, en su pueblo, el genocidio, lo había organizado y dirigido con los milicianos, cuando llegó al campo de refugiados de Benako, concretamente, a esta persona se le dio el orden de su zona del campo porque la ONU en aquel momento no tenía ni idea de qué hacer, qué había pasado, ni quería actuar, y además toda aquella gente había salido protegida por un ejército occidental. Este hombre, él que era el genocida, quedó como el jefe de la zona del campo y sus milicianos, que eran los asesinos, eran los que llevaban el orden en este campo. Ya os podéis imaginar cómo iba la cosa. Esto era una intervención occidental. No es verdad que cuando se dice si se hubiera intervenido... Yo siempre pregunto quién y con qué intenciones.

Hace unas semanas estuve en el Congo, me fui justamente cuando empezaba la revuelta de Libia. Recordemos que al principio de estas revueltas del mundo árabe, fue muy interesante para todo el mundo, apasionante, porque vimos una cosa de la que no hablábamos y que nadie quería creer. Hablábamos del mundo árabe como la

amenaza del Islam, la guerra de civilizaciones, es decir, toda la doctrina que nos había puesto Bush, desde toda la retórica y toda la parafernalia que empieza con la invasión de Kuwait. Y de repente nos damos cuenta que estas revueltas del mundo árabe quieren democracia, quieren justicia, quieren trabajar, no son fundamentalistas y, de hecho, nos enseñan una cosa muy importante a reflexionar en nuestros países que es lo siguiente, es que el Norte y el Sur tienen una relación pésima, o sea, el Norte, con democracia, rico, etc., mantiene países del Sur con dictaduras, con pobreza, etc., porque no quieren discutir la democracia del Sur. Porque de hecho –y hablamos ahora del mundo árabe pero esto es extensivo a todo el continente africano- es más fácil y mejor hacer negocios con Gadafi, tener relaciones indecentes con dictadores de países en los que no hay soberanía del pueblo por tanto el pueblo no puede reclamar, no puede pedir sus riquezas naturales para utilizarlas para ellos, porque no tienen soberanía. Entonces los países occidentales hemos visto que tenemos esta relación, que mantenemos este tipo de relación, con dictadores como Gadafi. Esto abre un debate apasionante, uno de los más importantes que tenemos en el mundo global de hoy, que esta relación Norte-Sur. La pregunta es: ¿el Norte está dispuesto a aceptar la democracia de los países pobres? Si la acepta, ¿qué precio ha de pagar? Es decir, tenemos democracias aquí y dictaduras amigas fuera. Este tema es el tema importante. Yo recuerdo que había bastantes debates sobre esto en la prensa extranjera. De repente vuelvo del Congo, bajo del avión y veo que estamos en guerra, estamos en guerra y ahora hablamos de aviones, de la guerra humanitaria, de salvar civiles. Y yo creía que la primera discusión o lo primero que pasó con la revuelta en el mundo árabe es que una vez saltaran los dictadores, viendo hacia dónde va todo esto, nosotros en nuestros países pasaríamos cuentas a aquella gente que salió en los periódicos retratada con Gadafi, yo pensaba que nuestra democracia sanearía esta historia, diríamos, bien, ya está bien de esto, no queremos un Blair que se dedica a hacer esto –Blair es el que abrió el camino-, no queremos una hipocresía tal, no es de recibo que el señor Sarkozy sea el primer vendedor de armas a Libia... Yo pensaba que pasaría esto y resulta que no, resulta que Sarkozy, que es el primer vendedor de armas, ahora es el primer abanderado contra las armas que él vendió y, además, la manera en que se ha producido su voluntad de atacar, si lo analizáis bien, es una historia yo diría casi rocambolesca, porque Bernard Henry-Lévi, que ahora está en Bengasi, volvió al Elíseo y le explicó que tenían que intervenir, llevó a unos amigos suyos de la resistencia de Bengasi, y Sarkozy reconoció aquello como la resistencia pero realmente nadie ha explicado todavía en qué consiste esto de la resistencia. O sea que es todo un tema de propaganda, de presión de la opinión pública, de cara a las próximas elecciones que tenía Sarkozy. Y creo que en este momento él va a una guerra que es una guerra que tiene más que ver con sus intereses personales que con lo que dice de la guerra humanitaria.

Yo creo que esta falta de contexto, este espectáculo, es uno de los temas del desengaño del periodismo. Al mismo tiempo que la excitación por el presente, en cierta manera, es muy emotiva, por eso engancha tanto a la gente, lo curioso es que también nos frustra. Ésta es la contradicción, porque de hecho es irreal, o sea esta idea emotiva diariamente de que pasan muchas cosas está fuera de nuestra propia naturaleza, nosotros tenemos una capacidad limitada para vivir y para entender y esta manera que la gente tiene, tanta preocupación por lo que pasa, y cada día la tele de una manera tan bestial y cuando te levantas por la mañana ves muertos y ves sangre y ves fotos y ves guerras, yo creo que no tiene una relación real con lo que tendría que comportar la visión de un mundo así que es tomar posiciones, tener criterio y que la gente cogiera una posición. Más bien creo que todo esto es anestésico, este periodismo, porque claro, un periodista que ahora fuera en otro equipo tal vez nos pelearíamos y diríamos pero se ha de enseñar todo esto. Yo incluso tengo la desconfianza de que se tenga que enseñar de la manera que se enseña porque creo que las intenciones para enseñar... por ejemplo qué utilidad tiene enseñar muertos en directo, qué utilidad tiene enseñar cada día tanques y aviones, y no escuchamos a las personas, no escuchamos a gente que habla, no oímos qué piensa la sociedad de

aquello. Pienso que no tiene una utilidad realmente humanitaria, pienso que tiene una utilidad más bien de espectáculo.

Lo que pasa que la guerra humanitaria... la gente dice "guerra humanitaria" y todo el mundo dice tenemos que actuar, tenemos que hacer, y no podemos pensar bien, todo queda focalizado en esta urgencia. Incluso cuando en estos momentos de euforia de un tema, hacen que todo lo que está pasando en el mismo momento en el mundo, se evapore completamente. Esto es bastante triste, venir del Congo, que es un tema que de vez en cuando es mediático, pero es mediático de una manera lamentable porque sólo sale el tema de las violaciones de las mujeres, yo estoy harto de ver constantemente reportajes, y periodistas, y fotógrafos que ganan premios, y todo son mujeres que han sido violadas, en fotos explicando su desgracia... Esto también es un espectáculo porque estas mujeres forman parte de una sociedad, su historia es la historia de un país, están los niños, están los hombres, está la guerra y está la responsabilidad de lo que está pasando en Congo. Hoy cuando vas al Congo alucinas porque está el dispositivo más importante de Naciones Unidas. No salen de los cuarteles, están allí, porque cuando salían violaban a las chicas. Tal cual. Hablé con un oficial y le dije, escucha, esto qué es, porque los ves allí con los fusiles, apuntando a todo el mundo, encerrados en los cuarteles, y me dijo, no, no, es que aquí han puesto una norma, después de los informes que han salido, los soldados no pueden salir de fiesta, el otro día cogieron al contingente indio que estaba traficando con oro (de las Naciones Unidas). Ves al ejército del Congo que se dedica básicamente a extorsionar a la sociedad, ves a los traficantes de las minas que tienen aeropuertos privados, carreteras abiertas, protegidos también por la propia policía y los alcaldes. Yo estaba allí y en la ciudad de Goma se incautó un cargamento de 150 toneladas de oro. Era una cantidad impresionante. Un avión, matrícula americana, con tres mercenarios. Salía directamente de esta región, que es una región en la que no hay carreteras, la ciudad de Butembo es una ciudad en la que en este momento hay casi un millón de personas que han llegado como refugiados y se ha ido extendiendo por toda la zona de bosques, pero pensad que no hay ni una carretera asfaltada, ni la calle principal, no hay electricidad, no hay agua corriente. Me dijeron, escucha, tú eres de Barcelona, por qué no hacemos una cosa, por qué no nos enviáis un cuerpo de bomberos, alguien que nos enseñe a hacer de bomberos, porque hay incendios en las casas; no tienen bomberos. Un millón de personas. En uno de los barrios que había 300.000 personas había dos médicos. Pues de allí, de esta ciudad, salen estos aviones, con el oro, con los diamantes, con todo esto. No pasa nada. Y el contingente de Naciones Unidas está encerrado en el cuartel. Esto está pasando en este mundo de hoy y esto sólo sale cuando tiene ese momento de gloria cuando hablamos de historias que yo las encuentro básicamente morbosas, que es todo este tema de las violaciones.

Además, esta manera emotiva de tratar el periodismo produce también que las historias tengan que ser lo máximo de simples posibles porque, claro, si vamos directamente a la emoción, no hay pasado, no hay futuro, no hay historia, no hay narración, tenemos que hacer historias cortas, historias rápidas y cortas. Esto distorsiona completamente el mundo en el que vivimos, la realidad, hoy precisamente vivimos un momento interesante, muy complejo, vivimos un momento difícil que necesita, yo creo, que cambiemos bastante la mentalidad que hemos tenido hasta ahora que es mucho de discusión y de lógica, de enfrentamiento, y que cambiemos el chip y que vayamos más a una mentalidad de colaboración, sobre todo entre países, entre la gente que tiene recursos y la que no tiene, y que vayamos a un diálogo, que busquemos salidas más al estilo de Mandela, que hablemos más de humanismo y de contacto. Esto es complicadísimo, esto requiere espacios de discusión, de debate, requiere mucha discusión. Imaginad sólo la dificultad que supone el barrio del Raval de Barcelona, es una enorme dificultad la convivencia. Esto está requiriendo precisamente unos escenarios de hablar, y estemos creando unos escenarios de no hablar, de blanco y negro, de cosas simples, de mensajes muy raquíticos. Yo pienso

que esto sí que es un tema grave, es una tema gravísimo dentro de los que hemos ido citando.

Hay otro que también quería citar que era el del sistema de trabajo, un sistema de trabajo que no es sólo del periodismo, creo que es de la propia sociedad. Un amigo mío me decía que en los hospitales, en las escuelas, la gente ha dejado de hacer la reunión de las ocho de la mañana, que es como una metáfora de que se ha dejado de trabajar en equipo, precisamente ahora que vivimos en un mundo complejo, un mundo en que se ha de hablar mucho. Cuando yo empecé me lo pasaba bomba, a mí me gustaba mucho este escenario de la redacción ruidosa, que la gente se pelea, que la gente tiene opiniones muy diferentes y discutes lo que vas a hacer. Este escenario del debate es el escenario que hoy necesitamos y en cambio hoy, no sólo en el periodismo sino que tengo la impresión que en toda la sociedad hay como una especie de jerarquización total, es más importante lo que dice el Departamento de Educación que lo que dicen los profesores. Me parece un descalabro enorme. Ahora que están los directores de colegios a mí me llegan unas historias de cómo hay un control, una escuela hecha desde arriba, las escuelas tendrían que ser las que explican cómo se ha de hacer la enseñanza, pues es al revés. En las redacciones pasa lo mismo y eso es terrible, quiere decir que son seres aislados, individualizados, que se niegan a tener este debate necesario. Precisamente ahora hace unos días murió Joaquim Ibarz, quería decir cuatro palabras sobre él, porque es la persona que cuando yo entré en Tel/Exprés es el que me recibió y le puedo considerar mi maestro como periodista, y él precisamente hacía una redacción de esta manera, nos peleábamos muchísimo, opinábamos todos diferente. Imaginaos en la época de la transición, Basténier, Ibáñez Escofet, gente muy diferente, pero básicamente lo que queríamos era sacar un producto en el que lo que salía tuviera vida y tuviera verdad. Y cito a Ibarz porque el otro día Maruja Torres hizo un artículo muy bonito sobre él en que decía que en el periodismo de hoy se ha perdido esta convivencia entre los maestros y los que aprenden, y que la jerarquía es al revés, hoy a la gente que tiene experiencia, que conoce las cosas, no se la deja participar en el debate. Esto creo que pasa en todas partes, es una sociedad que está matando a la gente con experiencia y los va sustituyendo por este joven que está dispuesto a hacer un poco lo que sea precisamente porque lo tienen en una precariedad laborar de lo más lamentable.

Cuando empezó la guerra del Golfo, la primavera de 1991, recuerdo –esto para volver a hablar de la complejidad- que me fui hacia Israel vía Egipto. Recuerdo que aquel día había una manifestación en la plaza Universidad y yo me iba solo hacia aquella guerra extraña y un periodista del diario que mandaba bastante me cogió por el brazo y me dijo “vas a una guerra de la democracia, a una guerra patriótica, una guerra del bien”. Recuerdo que cogí un avión, volé solo porque era un avión de Air Egypt que volvía y aquel mismo día en el Mediterráneo se cerró ya el espacio aéreo y empezaban los aviones a bombardear, de manera que viajé solo, no me encendieron ni la calefacción, hacía mucho frío y no me dieron ni cena. Llegué a El Cairo y cuando llegué a un hotel y recuerdo que en la recepción veo un cartel que ponía que las clases de dar el biberón serían a las cinco de la tarde, y pregunto “¿qué son estas clases?”. Y me explicó el de la recepción, son los kuwaitíes que están en el hotel –era un hotel caro- que sus mujeres han tenido que salir huyendo y no llevan criadas, han venido sin las criadas y no saben cómo cuidar a sus hijos. Y pensé, qué guerra patriótica voy a cubrir yo, ¿no? Y éste era un buen reportaje, explicar esto, pero también hemos de reconocer que era un reportaje demagógico, en este sentido. En aquel mismo momento era verdad que había este aspecto de la guerra pero también estaba cómo estaban represaliando a la población del propio Kuwait.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Y para hablar de más paradojas de este tipo quería destacar, a propósito el tema del mundo árabe, la serie de paradojas que hay siempre detrás de una información. Por ejemplo, la primera manifestación que se hizo, el 6 de agosto, en Kuwait contra el invasor Sadam Husein, las personas que salieron a la calle, los gritos que hacían eran “Sadam es un sionista, muerte a Sadam”. También otra contradicción de esta guerra y

del mundo árabe, o sea, nosotros íbamos a salvar a los kuwaitíes de Saddam, que era nuestro laico –os acordáis, no- y la gente le gritaba sionista. En el mes de septiembre se hizo una manifestación, convocada en los terrados de Kuwait City, y la gente gritaba “Alá es grande”. No sé si recordáis que en el país más islámico, que es Irán, en los terrados, en la foto que recibió el Premio Fotopress hace dos años, también estaba la gente gritando; las mismas imágenes, pero gritaban “libertad”. Otra paradoja del mundo árabe. Y cuando yo llegué desde Egipto a esta guerra que me enviaron a Israel, en Israel estaba la amenaza de una guerra química y la gente estaba bastante asustada de que Saddam Husein empezara a tirar Scuds y decían que tenían un producto químico, o sea que había armas químicas, y nos disfrazaron a todos con aquellos equipos antiguos... Pero al mismo tiempo que pasaba esto, cuando empezaron a caer estos Scuds, los soldados sirios de la coalición internacional que estaban en Arabia Saudí con las tropas norteamericanas, también se pusieron a gritar “Alá es grande”. Y en Gaza y en Cisjordania entré a ver qué pasaba, y los israelíes, que nos habían obligado a ir a todos con máscaras antiguas, no repartieron máscaras, no protegieron a nadie, y los palestinos gritaban también “Alá es grande” cuando caían los misiles sobre Israel.

Todas estas paradojas, estas contradicciones nos obligan a lo que decía antes, que no podemos hacer la observación de las cosas, no podemos hacer el reportaje, ciñéndonos sólo a estos aspectos. Hubiera sido muy bonito que yo hubiera hecho el súper reportaje de los niños, que lo hice, pero se ha de contextualizar, no es lo único que estaba pasando. Y éste es un tema que el periodismo pierde a veces de vista, o sea que lo alisa todo y no nos damos cuenta de la complejidad. En este momento, por ejemplo, cuando hablamos de las revueltas del mundo árabe, yo supongo que la gente tiene una gran confusión porque, por ejemplo, ¿cómo es Yemen? No se explica bien. Las diferencias que hay entre unos países y otros son muy importantes. Y esto no se acaba de explicar, siempre estamos caminando en el tópic.

Pienso que el camino del buen reporterismo es el camino de toda la vida, es la obiedad, es ir a los lugares otra vez, invertir en terreno, invertir en gente que tiene la pasión de viajar, la pasión de observar, la pasión de hacer hablar a las propias sociedades, mezclándonos con la gente, convertir el periodismo en una experiencia de vida que puedas transmitir las cosas que vives, hacer de traductores, como dice Kapuscinski, o hacer aquello que dice Terziani tan bonito, hacer de puente. El periodista tiene la ventaja de, en un mundo tensionado, en un mundo de conflicto, normalmente los dos bandos enfrentados están posicionados en verdades que son mentiras, están posicionados en la propaganda; el periodista es el que va arriba y abajo en este puente –explicaba Terziani- y cuando estás en la guerra de los Balcanes y en Belgrado están explicando y pasando películas de los *ustaše* croatas asesinando a gente en la Segunda Guerra Mundial, el periodista tiene la posibilidad de ir a Zagreb y ver cómo también los croatas pasan películas de propaganda, y subir un poco y explicar desde arriba todo este enredo de las cosas, no el papel del propagandista. Sólo si hacemos así creo que conseguiremos ofrecer suficientes elementos para que sea la propia sociedad quien se haga una idea de lo que pasa.

Yo quería decir unas palabras sobre Wikileaks. Javier Bauluz, como él ha montado una web que se llama Periodismo Humano, hablará de todo esto, él es uno de los que está posicionado ya claramente en la idea de que no hay nada que hacer en el periodismo tal como es hoy y que el periodismo empresarial y todo esto está completamente fuera de la calidad. Esto de Wikileaks lo he encontrado muy interesante. Escribí un artículo que intentaba ser un poco irónico porque Wikileaks es como si nos hubiera castigado a todos los periodistas de cara a la pared y nos hubiera dicho “chicos, a hacer los deberes”. Además lo ha hecho con bastante gracia, porque ha cogido a los mejores periódicos del mundo, teóricamente los más serios, les ha metido allá un mamotreto de trabajo terrible y, como decía *El País*, tenían un búnker donde había treinta personas, todos los especialistas leyendo y a ver qué publicaban. Yo me imagino que esto es un castigo de los primeros de la clase del mundo, ahora

haréis los deberes y explicaréis lo que habéis callado. Y, curiosamente, todos estos diarios empezaron a explicar cosas que se habían callado pero que además todo el mundo decía “ah, ya lo sabía”, ya lo sabíamos pero nunca lo habían puesto en portada, siempre iba allí a pie de página. Es divertido porque me he encontrado a muchos periodistas amigos que me dicen “bien, pero esta relación que Moratinos no quería esto del Polisario, esto se sabía de toda la vida”. “Sí, pero a ver, ponédlo, publicadlo”. Pero lo han publicado cuando lo ha dicho otro, que ya me dirás esta posición hipócrita de cuando lo que dices no es tuyo, no te comprometes y lo puedes publicar. Hay periódicos de estos serios que, recuerdo la época cuando se debatía si los diarios tenían que incorporar las noticias del corazón, que se decía “hombre, esto, tema del corazón, *Hola* y demás”, todos estos diarios serios no querían perder este público y hubo un período, que se puede mirar en las hemerotecas, que no se publicaba “A Lola Flores le ha salido un grano”, se publicaba “Según dice *Hola*, a Lola Flores le ha salido un grano”. Y esto se fue arreglando y con el tiempo ya dicen “A Lola Flores le ha salido un grano”. Pero primero hubo esta especie de interludio. Pues un poco con esto de Wikileaks se ha hecho, o sea, primero se protegen de que no lo han dicho ellos, pero los de Wikileaks los han condenado a que ellos no dan la información sino que obligan a que lo cribe el propio periodismo. O sea, de hecho, es divertido porque los debates que ha habido de los propios directores de diarios se tiran el farol de que dan exclusivas. En realidad están dando cosas porque les están diciendo que las han de dar o sino se las darán a otro.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Esto creo que es muy esperanzador, porque abre una vía, de hecho nos explica que nuestra sociedad, de la misma manera que va bastante atrás, se puede ir estrellando y se puede ir cerrando como vamos viendo, vivimos en un momento de mucho cierre, de muy poco debate, de muy poco criterio, al mismo tiempo todavía tiene posibilidades, no es una sociedad totalitaria, completamente hermética, y todavía tiene estas posibilidades de que la agiten y de que la obliguen a cambiar. Yo creo que los diarios han mejorado desde Wikileaks. No del todo, porque todavía estamos esperando que nos expliquen qué ha pasado con todo esto del tema financiero internacional, todavía están haciendo propaganda de este tema. Y yo espero con ilusión, no sé si Wikileaks o algún otro, porque los de Wikileaks ya cogieron el disquete con los datos de un banco suizo y están amenazando de que tienen información importante sobre el Banco de América, sobre qué ha pasado exactamente. Porque la gente se pregunta dónde está el dinero, ¿qué ha pasado aquí? Pero no se hace un periodismo de responsabilidades, de responsabilizar a la gente que ha hecho este robo a gran escala que han tenido que pagar los poderes públicos. Y esto que no se está haciendo acabará saliendo por algún lado. Yo pienso que, como este libro *Indignaos*, que es interesante, de Stéphan Hessel, nos están diciendo que la sociedad está empobrecida, que no hay dinero, y además explica una cosa curiosísima, muy interesante y provocativa, para reflexionar, él dice “la mejor Europa que se ha hecho nunca es la de la reconstrucción después de la Segunda Guerra Mundial, que estaba en una pobreza absoluta”, pobres como una rata, Europa estaba destruida y se hizo la Europa social, la seguridad social, los sindicatos... del bienestar social, se construyó en la época en que éramos más pobres. Hoy que vivimos en un mundo rico, muy rico, cómo es que tenemos que vaciar el contenido social de las cosas que tiene nuestra sociedad, la protección que tiene nuestra sociedad, la educación..., tenemos que bajar toda la inversión que hay en esto, que es de todos, ¿cómo es que lo tenemos que hacer si hay dinero? Ahora la pregunta es ¿dónde está el dinero? Tal vez nos lo explicará Wikileaks. Y aquí lo dejo, Muchas gracias.